

La única forma de sobrevivir...

era elegir la muerte

LOS CAMINANTES
AETERNUM

CARLOS SISÍ

La vacuna Esperantum ha hecho posible la creación del Nuevo Mundo en las calles de Barcelona. Los supervivientes se han organizado para recuperar parte de la ciudad y pasan sus días limpiando las calles de zombis. Pero este delicado equilibrio se verá seriamente amenazado cuando la vacuna empiece a perder efecto y las personas a las que se les ha administrado comiencen a ver a sus compañeros como una amenaza.

Para Desi.
Para mi familia.
Para Sacha y Nora Sisí.
Para Regina Gómez Vera.
Para Adriano Ruiz Martín.
Para Nomi Pérez Martínez.
Para Rosario Aroca Toledo.
Para Rafael «Fali» Rodríguez Mellada.

Estas palabras componen la forma de un sol naciente lanzando reflejos en el mar.

Todos ellos, porque viven el día a día de mi corazón.

PREFACIO (DEL AUTOR)

xxxxxxx

Desde que se publicó el Caminantes original, en diciembre de 2009, la historia de esta saga ha sido una sorpresa continua. He contado muchas veces la historia de la historia en presentaciones y entrevistas, pero quizá sea buena idea hacerlo ahora aquí, en este libro que tenía muy pocas posibilidades de existir.

Los Caminantes no se escribió con la intención de ser publicado. Era el esfuerzo ilusionante de un señor que amaba dos cosas: las buenas historias, y los zombis, y que en algún momento de 2008 decidió mezclar esas dos aficiones con el único medio que tenía a su alcance: la literatura. Nacía de un momento de tensión en varios frentes; era, en definitiva, una especie de evasión. Cuando miras una película te evades durante hora y media. Cuando escribes un libro, te evades, te involucras, vives la historia durante meses y meses.

Nunca pensé que el libro pudiera ser publicado. No estaba escrito para eso. Animado por mi familia, envié el manuscrito a una editorial y muchos meses más tarde recibía la noticia.

Desde entonces, el libro vivió su propio camino. Marchó solo, con un despertar tímido, abriéndose camino entre la pléthora de historias que penden de las estanterías de las librerías. Su inesperado éxito propició que decidiera continuar la historia. Me encantó hacerlo; sobre todo porque con cada entrega, el fenómeno se encendía de nuevo. Cuando se publicó Hades Nebula, los libreros decían que la

gente se llevaba su ejemplar directamente de la caja. Y eso... eso es precioso. Recibía dibujos, retoques fotográficos, muñecos realizados con todo tipo de materiales. Alguien construyó un diorama monumental con el padre Isidro en su momento de divina revelación, y hace unos días, un lector de Barcelona me envió un pirograbado fascinante. Es el eco de una obra que consiguió existir más allá de sus páginas.

Es bonito pensar que de unos meses de estrés naciera algo que ha aportado tantos momentos placenteros a decenas de miles de lectores. La cifra me abruma tanto como me hace sentir bien. Es el ave fénix más fulgurante que haya podido presenciar en mi vida, un boomerang de felicidad que no puede ser desatendido. Y por esa razón, y ninguna otra, existe este libro. Tras acabar Panteón tenía varias ideas sobre nuevas historias, pero les debía algo a todos los lectores que hicieron posible que existiera una segunda y una tercera parte, esos lectores que vienen con sus Caminantes bajo el brazo esperando que les firme sus ejemplares: esta historia.

Me ha encantado continuar la saga y mover de nuevo a todos los personajes que dejé congelados en el tiempo, hace unos años. Han sido meses de mucha intensidad emocional, de mucho esfuerzo, pero también de inmersión, de ilusión, de... cosquillas: escribía como quien envuelve un regalo de Navidad en pleno julio, construyendo frases y ampliando el universo Caminantes mientras deseaba que te llegara tanto o más que las entregas anteriores. Aunque los dos sabemos (tú y yo) que nada puede competir con el impacto de una historia original, la nostalgia y la huella que deja en el tiempo una obra, sea cual sea, ahora está por fin en tus manos. Esta obra es tuya. Te pertenece, porque tú la has hecho posible. Sólo espero que el renacer de esta saga sea, al menos, la mitad de intenso que fue para mí.

Muchos abrazos. Muchas gracias.

Y ahora... disfruta. Juan Aranda y el resto llevan tiempo esperándote.

*CARLOS SISÍ
Junio de 2014*

1. EL NUEVO MUNDO

La garrafa dio para llenar medio vaso, y luego se acabó.

Oscar esperó a que cayeran las últimas gotas. Miró cómo chocaban con el agua produciendo pequeños círculos concéntricos, y luego arrugó la nariz.

—No hay más —dijo, lúgubre.

—No puede ser —exclamó Regina, visiblemente nerviosa. Cuando perdía la compostura, su boca pequeña se doblaba hacia un lado dándole un aspecto lastimero—. Contamos bien, ¿no? Tenía que habernos durado por lo menos una semana más.

—Bueno —murmuró Oscar—, creo que hemos estado repartiendo bien, así que... —Se rascó la cabeza con una mano, confuso. Sabía lo que significaba, pero no se atrevía a decirlo en voz alta. Regina puso voz a lo que estaba pensando.

—Así que alguien ha estado bebiendo a escondidas —dijo.

Oscar negó con la cabeza.

—No... No quiero ni pensarlo.

—¡Pues es así! —protestó Regina—. ¡Tenemos que hacer una reunión y tratar el tema, descubrir quién nos ha hecho esta putada, Oscar!

—En realidad da lo mismo, Regi. Lo cierto es que... todo da lo mismo.

—¿Cómo va a dar lo mismo?

—Tenemos tres vasos de agua y somos cinco. No queda ni una sola gota en ninguna otra parte, y hemos cogido todo lo que podemos coger de los alrededores. Para conse-

guir más, tendríamos que ir más lejos, y no se me ocurre cómo podemos hacerlo. De hecho, no creo que... No creo que podamos.

Regi empezó a recorrer la habitación a grandes pasos. Cuando andaba así, el pantalón se le iba deslizando suavemente hacia abajo a pesar de que le hizo tantos agujeros al cinturón como le había sido posible. Ya no daba más de sí, sin embargo. Había perdido tanto peso que toda la ropa le quedaba demasiado holgada. Como a todos.

—Entonces... entonces con más motivo —dijo. Y sin que pudiera evitarlo, rompió a llorar.

Oscar la miró, sintiéndose impotente. Pero no pudo soportarlo mucho tiempo y desvió la mirada, incómodo. Oh, ver llorar a un compañero siempre era duro, pero ese caso era especial. Ella era Regi. Era *su* Regi, para ser exactos, y la amaba en secreto desde casi la primera vez que la vio, hacía ya muchos meses. Odiaba verla triste, pero cuando caía en ese estado de desánimo era algo que lo desgarraba por dentro. Se dijo que, de ser necesario, iría hasta el fin del mundo a por agua si eso la hacía sonreír otra vez.

—Regi... —dijo al fin al descubrir que las lágrimas no remitían.

Se sentía terriblemente incómodo. Todo su cuerpo le decía que la abrazara, que le diera un poco de comprensión, de apoyo, de calor humano; pero la amaba demasiado como para atreverse a acercarse tanto. Tan sólo pensarlo le producía una suerte de terror insuperable que le clavaba los pies al suelo. Así que se quedó en su sitio, mirando sin ver los tres vasos de agua (dos y medio, en realidad) y rogando para que el momento pasara tan rápidamente como fuera posible.

—Estoy... estoy bien —dijo ella entonces, apresurándose a apartar las lágrimas de la cara. La humedad había mojado los bucles de su cabello—. Vamos. Tenemos que dársele a los demás.

—¿Hoy? —susurró Oscar.

—Hoy. Ahora.

—De acuerdo —accedió.

La noticia no fue bien recibida entre el resto del grupo. Jari, que era pequeña y por lo general reservada, explotó de repente poniéndose en pie con las mejillas enrojecidas y una expresión iracunda en la cara. Lo hizo con tanta vehemencia que el rudimentario y maltrecho sofá en el que estaba sentada se desplazó ligeramente hacia atrás.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó airada—. ¿Quién coño se ha estado bebiendo el agua?

Nadie respondió.

—¡Estoy muerta de sed! Tengo... ¡tengo la boca seca! ¡Tengo tanta sed que me cuesta hablar, y uno de vosotros ha estado lavándose el culo con el agua sin pensar en los demás!

—Un momento —dijo Tomé—. ¿Cómo sabemos que ha sido lo que ha ocurrido, en realidad?

—¡Bueno, lo ha dicho Regi! —protestó Jari.

—Un momentito de calma. —Habló despacio, arrastrando mucho las palabras. Había levantado las manos velludas y encallecidas pidiendo paciencia—. Llevamos compartiendo este lugar durante meses y nunca hemos tenido problemas de este tipo. ¿Qué os hace pensar que eso ha cambiado? Yo también tengo sed, ¿vale?, pero nunca se me habría ocurrido beber más agua de la que me corresponde. Por una sencilla razón. Porque os quiero, tíos... Habría dado mi agua a cualquiera de vosotros si me la hubiera pedido.

Oscar se adelantó un par de pasos para pasar su brazo por encima de los hombros de Tomé.

—Lo sé, tío.

—Bien —continuó diciendo—. De la misma manera me cuesta pensar que alguno de vosotros puede haber estado dando lingotazos a las garrafas cuando nadie miraba. No puedo creerlo. No quiero creerlo. Tiene que haber otra explicación.

—¿Como cuál? —preguntó Regi. Se había cruzado de brazos y miraba ceñuda a unos y a otros.

—No lo sé. A lo mejor la garrafa pierde. A lo mejor dejamos el tapón mal cerrado y se ha ido evaporando. A lo mejor el plástico de estas garrafas es diferente al de las otras. ¿Se os ha ocurrido pensarlo?

—Eso... es difícil de creer —susurró Oscar—, pero... pero prefiero pensar que ha sido eso. La alternativa es...

Alex, que había estado callado todo ese tiempo, se puso en pie para hablar, como hacía siempre.

—Hagamos una cosa. No tiene sentido que nos enfademos los unos con los otros. A lo mejor Tomé tiene razón. Dejémoslo ahí. Incluso si uno de nosotros ha estado bebiendo más agua de la que le corresponde, puede haber sido un...

—Un momento de debilidad —terminó la frase Tomé.

—Eso —convino Alex—. Un... una reacción a una necesidad específica del cuerpo.

—Las mujeres tienen más necesidad de beber agua cuando tienen el período —apuntó Oscar. Regina cruzó con él una mirada furtiva.

—¿Qué cojones insinúas? —preguntó Jari.

—¡No! —balbuceó Oscar—. No quiero decir que haya... En fin, no es lo que...

—Hey, vale —se apresuró a intervenir Tomé—. En serio, vamos a relajarnos. Dejemos eso ahí, ¿vale? Da lo mismo. Lo que importa es que solamente tenemos tres vasos de agua...

—Dos y medio —apuntó Regina, enfurruñada.

—¡Dos y medio! —exclamó Tomé—. Vale. Dos vasos y medio de agua. Creo que deberíamos concentrarnos en el otro problema; el problema real.

Todos se miraron mientras un inesperado silencio se apoderaba del grupo. Sabían perfectamente cuál era el problema real, desde luego; lo habían discutido en tantas ocasiones que, a menudo, terminaban repitiendo la misma

conversación con pequeños matices una y otra vez, atrapados de manera más o menos consciente en un bucle enfermizo. Era, naturalmente, un problema de difícil solución, así que lo único que conseguían era sacarlo, ponerlo sobre la mesa como una baraja de cartas y repartir las manos. Luego barajaban los naipes y los volvían a guardar sin que nadie hubiese disfrutado del juego.

Porque no había ningún juego.

—Bueno, ya sabíamos que esto llegaría —dijo Alex de repente.

El problema real, naturalmente, eran los muertos.

Los rodeaban, y nunca, bajo ninguna circunstancia, hiciese frío o calor, de día o de noche, los dejaban solos. Sabían que estaban dentro, y se dedicaban a aporrear las puertas dando palmetazos que con el tiempo se volvieron frenéticamente regulares. Ese ruido decadente, espantoso, insufrible, se había convertido en el ritmo de sus vidas: se acostaban con él, los conducían al país de los sueños y era también el primer sonido que oían por la mañana cuando abrían los ojos. TAP. TAP. TAP. TAPTAP.

Durante un tiempo esperaron, atados a una loca esperanza, que se olvidasen de ellos. Luego esperaron que alguien los rescatase, y ese pensamiento los animó y los motivó durante un tiempo al menos, hasta que comprendieron que el mundo alrededor estaba tan muerto como los seres incomprensibles que los acechaban.

Una vez trataron de quitárselos de encima. Tenían cerillas y tenían aceite, así que pusieron en marcha una alocada táctica sacada de las películas de asedios medievales. Los bañaron en aceite usando las ventanas de los pisos superiores y se las arreglaron para pegarles fuego. La cosa pareció funcionar al principio. Las llamas se apoderaban de los muertos como si estuvieran hechos de paja, y aullaban con un sonido grave y ululante que a Tomé le recordó el sonido gutural y terrible de la escena final de la película *La invasión de los ultracuerpos*, cuando Donald Sutherland com-

pone una expresión sobrecogedora y señala amenazadoramente con un dedo. Pero no caían. Los muertos no caían. Seguían allí, dando vueltas y chocando unos con otros, y lo que era peor, chocaban con las paredes del edificio donde estaban guarecidos.

El resultado fue tan inesperado como espantoso. El fuego empezó a lamer las paredes y a generar poderosas llamas que empezaron a trepar por los tabiques de madera. Cuando comprendieron el problema, el pánico y el caos fue absoluto. Tuvieron que salir fuera y enfrentarse con los muertos; al menos los hombres lo hicieron: ni Jari ni Regi eran capaces de afrontar esas situaciones y se limitaban a quedarse dentro, jadeando pesadamente mientras el corazón les daba brincos en el pecho. Era superior a ellas. Alex, Tomé y Oscar se apañaron decentemente, golpeándolos con palos y protegiendo sus brazos con una manta enrollada y sujeta con una cuerda para evitar ser mordidos o arañados. Eso, como sabían muy bien, era esencial.

Lo peor fue el hecho de tener que sacrificar una nada desdeñable cantidad de agua. Fueron momentos tensos, y la cosa no acabó en desgracia porque el fuego cegaba a los zombis y derretía sus ojos blancos como si fueran mantequilla. Además de eso, las llamas parecían llamarles poderosamente la atención, y eso apartaba su atención de ellos. En cualquier otra circunstancia, probablemente no lo habrían logrado.

Para cuando la situación se normalizó otra vez, sin embargo, descubrieron con horror y un profundo desánimo que el resultado era muy distinto del esperado. El fuego, la luz y los gritos habían atraído a un número aún mayor de muertos, muertos violentos que gritaban y aullaban y aporreaban la puerta con una furia desmedida, intentando entrar. Tuvieron que retirarse al interior y quedarse tan quietos como pudieron durante días hasta que todo volvió a la calma de siempre, y durante ese tiempo la convivencia fue

desagradable, porque el miedo había anidado en sus ánimos y casi nadie decía nada.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Tomé al fin.

Regi pareció querer decir algo, pero en el último momento cambió de opinión, negó con la cabeza, se acercó a Jari y la abrazó. La pequeñísima Jari recibió el abrazo y lo correspondió cariñosamente. Oscar espío la escena, los ojos de ambas estaban cerrados, las mejillas juntas, y se encontró superado por sentimientos contradictorios. Por un lado le gustaba ver que su Regi recibía el cariño que necesitaba, pero por otro... Por otro no podía evitar pensar que le hubiera gustado ser él quien recibiese el abrazo. Oh, si lo hubiese elegido a él, la habría recibido junto a su pecho y la habría consolado hasta la llegada de la noche, y en esa unión especial, mágica, tan deseada, el hecho de no tener agua habría sido una simple anécdota. Se habría diluido en los márgenes de su realidad más inmediata, que era, simple y llanamente, la proximidad a su amor secreto. Se habría quedado así hasta que ambos hubieran caído al suelo, exhaustos de pura inanición.

Pero no dijo nada.

—Hace un tiempo pensé en un plan —manifestó Alex de pronto, hablando despacio y con un tono sereno. Sacó unos pliegos de papel del bolsillo y los extendió sobre la mesa. En ellos había unos diagramas, burdos y elementales, sí, pero primorosamente dibujados. Las líneas habían sido pintadas y repintadas y había añadidos puntos y trazos por todas partes, marcando diferentes zonas. Se notaba enseguida que había dedicado tiempo a hacer aquellos dibujos, pero eso no extrañó a nadie. Si algo había en sus vidas desde que los muertos ocuparon las calles, era tiempo. Cantidades imposibles de tiempo.

—¿Qué es? —preguntó Tomé, interesado.

—Bueno, esto de aquí es este edificio, donde nosotros estamos. Aquí es donde nos hallamos ahora. Esto —dijo, señalando con el dedo una franja en el centro— es la carre-

tera. Aquí están las dos tiendas de las que nos hemos estado suministrando hasta ahora.

—Agotadas —apuntó Oscar.

—Sí. Pero al final de la calle está el Supercor.

—Ya hemos hablado del Supercor —replicó Oscar—. Mil veces. Dos mil millones de veces.

—Sí, pero...

—Está demasiado lejos y las puertas están cerradas con una verja de seguridad. Nos llevaría un tiempo precioso abrirlas, aunque supiéramos con qué. Un tiempo que no tenemos.

—Lo sé, pero...

—Se nos echarán encima y...

Regi se soltó del abrazo de Jari, súbitamente furiosa.

—¿Quieres dejarlo explicarse, Oscar? —bramó.

Oscar pestañeó mientras una intensa oleada de calor crecía en su interior. De pronto se sintió estúpido. Estúpido y abrumado por haber atraído la cólera de su Regi. Intentó balbucear un «lo siento», pero no pudo; estaba demasiado avergonzado. Agachó la cabeza y se quedó quieto.

—Vale, tranquilos —intervino Alex—. He estado pensando mucho en cómo podríamos llegar hasta allí. Mucho. Está claro que no hay una manera segura de hacerlo, no hay un plan mágico que nos lleve hasta allí, sin riesgos, y nos permita abrir la verja. Además, ni siquiera sabemos qué tipo de cierre tiene. Tenemos algunas herramientas: un correfríos, me parece. Alicates, martillos, tenazas, palancas... pero no sé si algo de eso nos ayudará, ni cuánto tiempo necesitaremos en caso de que se pueda.

—No lo pones muy... guay —opinó Tomé.

—No lo es. Eso tenemos que tenerlo claro, ¿vale?

Asintieron. Las chicas se habían acercado al dibujo y lo miraban con temor, respeto y fascinación, como si estuvieran ante un pergamino ignoto y ancestral que encerrara los secretos del universo.

—Sigue —lo apremió Tomé—. ¿Qué propones?

—La única forma de llegar hasta allí sin que nos persigan los zombis es hacer que no haya zombis —dijo entonces—. Simple y llanamente.

—Vale —rió Tomé—. Continúa.

—Haremos una maniobra de distracción —sugirió entonces con un brillo especial en los ojos—. Provocaremos mucho ruido, incluso es posible que podamos incendiar algo como aquella vez, ¿os acordáis?

—¡No quiero ni oír hablar de eso! —se apresuró a decir Regi.

—No lo haremos aquí, en la puerta. Lo haremos en la parte de atrás, desde las ventanas. El viento ha llevado un montón de porquería hasta allí: papeles, ropa... cosas. Está lleno de mierda. Podemos lanzar algo ardiendo y provocar un follón de mil demonios.

—Eso... es peligroso —apuntó Tomé.

—Lo sé —exclamó Alex—. Pero es menos peligroso que no hacer nada. Quedarnos aquí, sin agua, es invitar a la muerte a llamar a la puerta, ¿no?

Jari dio un respingo poniéndose una mano en el pecho.

—Coño —exclamó—. Escribe un libro, si quieres, y llénalo de frases así, pero no ayuda mucho escucharlas, ¿sabes?

Alex asintió despacio.

—Ya. Lo siento. Pero es la verdad. Sin agua no duraremos mucho y lo sabemos. Eso está fuera de toda cuestión. Necesitamos traer agua. O algo mejor. Podemos mudarnos. Podemos irnos al Supercor y ver qué tal nos va allí. Estoy seguro de que tienen un montón de agua, refrescos, zumos, latas, productos no perecederos... Muchas de las cosas se habrán podrido y tendremos que pasar un tiempo limpiando toda la mierda. Carne putrefacta en los congeladores que hace mil años que no congelan, y esas cosas. Pero...

—Tienes razón —asintió Tomé—. Esa idea me gusta.